EL SINIESTRO DR.

MORTIS

$ 7,00

LA TRAMPA DEL DR. MORTIS

era un inocente aviso de prensa que encerraba una definitiva y mortal sorpresa

MORIR ES FACIL

lea en este número un cuento de escalofriante teoría

dilapsa

N.º 66 Recargo por flete: $ 0,40	
Correo Argentino	TARIFA REDUCIDA N.º
	Franqueo a pagar N.º

(En trámite)

"DR. MORTIS". Año 4. 2.ª etapa. 1976. Revista mensual. Editorial: DILAPSA S. A. Representante legal: Carlos Celis. Dirección: Bucarest 127. Casilla 16420, Santiago, Chile. Impresa en los talleres de Editora Gabriela Mistral.

MACABROS RELATOS
DEL SINIESTRO
MORTIS

dilapsa

Recuerde que cada 30 días usted renovará su cita con el horror. En 48 espeluznantes páginas encontrará todo sobre los zombies, vampiros y misterios del más allá.

EL SINIESTRO DR.

MORTIS

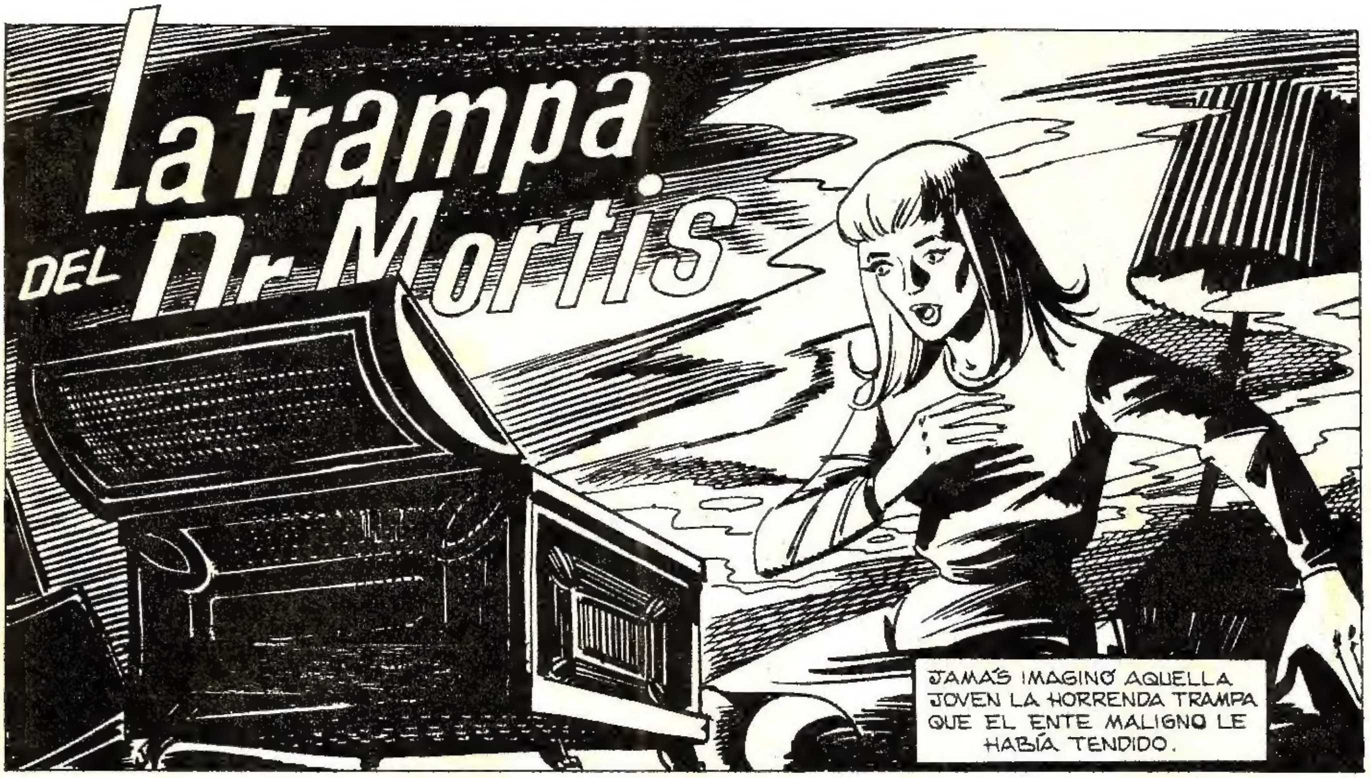
LA TRAMPA DEL DR. MORTIS .... Pág. 3

El aviso de prensa era igual a miles, pero encerraba una trampa mortal...

MORIR ES FACIL .... Pág. 18

¿Se puede jugar con la muerte? Su soberbia le costó la vida a su mejor amigo...

¡RESERVE! con tiempo su próximo ejemplar



TODO COMENZÓ... ¿CUÁNDO? NADIE LO SABE; PERO, A DECIR DE LOS LUGAREÑOS, VENÍA SUCEDIENDO DESDE TIEMPOS INMEMORIALES. MORGAN MANNOR, ENCLAVADA EN MEDIO DE LOS PÁRAMOS DE DOOMSHIRE, ERA COMO EL HITO DEL MIEDO, PARA LAS GENTES SENCILLAS.

JAMES SALIÓ DE LA ENORME SALA MIENTRAS LA ANCIANA SEÑORA SUBÍA LA ESCALERA. ENTONCES, EN ALGUNA PARTE DE LA CASONA, RESONÓ AQUELLA RISA HISTÉRICA, CHILLONA Y ESCALOFRIANTE, PROPIA DE UN ENAJENADO MENTAL.
NO SE PREOCUPE, JAMES. YO ME ENCARGARÉ DE ÉL. LO IMPORTANTE AHORA ES ENCONTRAR ESA SECRETARIA.
BIEN, SEÑORA.
LA SEÑORA ANNE MORGAN PENETRÓ EN UNA DE LAS TANTAS HABITACIONES DE ESE PISO.
PAUL, ¿DÓNDE ESTÁS?
COMO NADIE RESPONDIERA, LA ANCIANA SE ACERCÓ AL VENTANAL ATISBANDO EL CREPÚSCULO. ENTRE LOS ÁRBOLES DE LA FINCA, SE PERDÍA EN ESE INSTANTE LA SILUETA DE UN HOMBRE A PASO RÁPIDO. Y AQUEL HOMBRE NO ERA JAMES...
LENTAMENTE, LA ANCIANA SE VOLVIÓ HACIA EL CENTRO DE LA HABITACIÓN, DETENIÉNDOSE ANTE UN GRAN CUADRO.
TÚ LO PIDES, DOCTOR. ¡TÚ LO OBTIENES!

ESA MAÑANA, MARGARET LOIS, RADIANTE DE FELICIDAD, SE DESPEDÍA DE SU NOVIO, PAT MURRAY.
TE ESCRIBIRÉ EN CUANTO LLEGUE A MORGAN MANNOR.
¡NO ME GUSTA ESTE VIAJE, MADGE!
¡ES NUESTRA OPORTUNIDAD, QUERIDO! VOY CON UN EXCELENTE SALARIO Y HE TENIDO MUCHA SUERTE DE QUE ME HAYAN ESCOGIDO A MÍ. QUIZÁS DENTRO DE POCO TIEMPO PODAMOS CASARNOS.
¡CASÉMONOS AHORA MISMO Y QUÉDATE AQUÍ!
HORA
¡ERES MUY BUENO, PAT, PERO TÚ Y YO SOMOS HUÉRFANOS! NO TENEMOS PARIENTES Y DESDE QUE SALIMOS DEL ORFANATO HEMOS DEBIDO TRABAJAR MUY DURAMENTE PARA PODER SUBSISTIR. ÉSTA ES UNA BUENA OCASIÓN Y DEBO APROVECHARLA.
¡YA SALE EL TREN! ¡ADIÓS, PAT! CUÍDATE.
¡HASTA LUEGO, MADGE! SI NO RECIBO CARTA TUYA DENTRO DE TRES DÍAS MÁS, PARTO A DOOMSHIRE EN TU BUSCA.

DOS DÍAS DESPUÉS, MARGARET LOIS HIZO TRANSBORDO TOMANDO EL TREN QUE LA LLEVARÍA HASTA DOOMSHIRE.
UNA VEZ INSTALADA EN UN VAGÓN DE TERCERA CLASE...
¿ME PERMITE, SEÑORITA? ES EL ÚNICO ASIENTO DESOCUPADO.
POR CIERTO, SEÑOR.
¿VIAJA A DOOMSHIRE?
SÍ, SEÑOR.
ES UN LINDO LUGAR; AL MENOS A MÍ ME GUSTA. SI NO FUERA POR LOS PÁRAMOS, SERÍA UNA ATRACCIÓN TURÍSTICA DE PRIMER ORDEN. HE VIVIDO TREINTA DE MIS CUARENTA AÑOS AHÍ.
¡OH! ENTONCES USTED DEBE CONOCER A LA SEÑORA ANNE MORGAN.
¿LA SEÑORA DE MORGAN MANNOR? ¿VA USTED AHÍ, SEÑORITA?
SÍ. HE OBTENIDO LA PLAZA DE SECRETARIA, O DAMA DE COMPAÑÍA, DE LA SEÑORA.

ME IMAGINO QUE ES PRIMERA VEZ QUE VIAJA A LOS PÁRAMOS, ¿VERDAD?
EN EFECTO, SEÑOR.
MI NOMBRE ES PETER GUIRE Y TENGO UNA POSADA EN DOOMSHIRE. JUSTAMENTE HABÍA VIAJADO A LA CIUDAD EN BUSCA DE UNA JOVEN QUE QUISIESE AYUDAR A MI MUJER EN LOS QUEHACERES. ¿USTED NO CAMBIARÍA MORGAN MANNOR POR LA POSADA DE GUIRE?
BUENO, JAMÁS HICE DE SIRVIENTA, NI SIQUIERA EN EL ORFANATO.
¡CARAMBA, NO QUISE DECIR ESO! ¡USTED NO SERÍA UNA SIRVIENTA! USTED SERÍA... BUENO, SERÍA COMO DE LA FAMILIA...
USTED VERÁ. YA NO SOMOS JÓVENES Y SENTIMOS QUE LA POSADA SE TRANSFORMA EN UNA CARGA. NECESITAMOS ALGUIEN QUE NOS AYUDE Y QUE ALGÚN DÍA SE QUEDE CON ELLA.
¿Y POR QUÉ NO BUSCA UN HOMBRE PARA ELLO?
¡PORQUE NO EXISTE HOMBRE BUENO, SEÑORITA! UNA MUJER ES DIFERENTE Y USTED TIENE CARA DE SER LO QUE NECESITO. ADEMÁS, CREO QUE DEBO ADVERTIRLE QUE MORGAN MANNOR NO LE HARÁ BIEN.
¿QUÉ QUIERE DECIR?
BUENO, QUIERO DECIR QUE AHÍ LAS DAMAS DE COMPAÑÍA SON CAMBIADAS DE UNA SEMANA PARA OTRA.
SUELE SUCEDER EN TODAS PARTES.

SÍ, PERO ES QUE EN OTRAS PARTES SE VE CUANDO LAS QUE HAN TERMINADO SU CONTRATO SE MARCHAN; ¡PERO EN MORGAN MANNOR NADIE HA VISTO MARCHARSE A LAS OTRAS DAMAS DE COMPAÑÍA!
¡JA, JA, JA! OBSERVO, SEÑOR GUIRE, QUE NO LE FALTAN A USTED ARGUMENTOS PARA CONVENCERME DE QUE MORGAN MANNOR NO ME CONVIENE, ¿VERDAD?
¡CHIST! ¡HABLE MÁS DESPACIO, POR FAVOR!
LAS MIRADAS DE UN HOMBRE ALTO, VESTIDO DE CLÉRIGO, QUE ACABABA DE ENTRAR, Y LAS DEL POSADERO SE CRUZARON. MARGARET ADVIRTIÓ EL AZORAMIENTO DEL POSADERO.
¿QUIÉN ES?
¡OH!... ES EL REVERENDO MASTERSON, SACERDOTE DE DOOMSHIRE. DICEN QUE ES PARIENTE DE LOS MORGAN, PERO NO SE SABE NADA DE CIERTO.
OBSERVO QUE SIENTE CIERTA AVERSIÓN POR MORGAN MANNOR, SEÑOR GUIRE. ¿POR QUÉ?
¡NO, NO! NADA DE ESO. PERO NO HABLEMOS MÁS DEL ASUNTO. ¡JA, JA! SI ME PERMITE OFRECERLE UN TROZO DE POLLO...

SERÍAN ALREDEDOR DE LAS NUEVE DE ESA NOCHE CUANDO EL CONVOY LLEGABA A DOOMSHIRE.
¡ESTACIÓN DE DOOMSHIRE Y TERMINAL! ESTACIÓN TERMINAL, SEÑORES.
¡BIEN! HEMOS LLEGADO, GRACIAS A DIOS.
ME IMAGINO QUE NO TENDRÁ USTED ALOJAMIENTO RESERVADO, SEÑORITA LOIS.
NO, PENSÉ QUE PODRÍA ENCONTRAR HOTELES AQUÍ.
APARTE DE MI POSADA, NO HAY EN DOOMSHIRE NADA MÁS. VENGA CONMIGO, SEÑORITA.
NINGUNO DE LOS DOS SE PERCATÓ DE QUE EL CLÉRIGO LOS OBSERVABA ALEJARSE EN LA NOCHE...

POCO MÁS TARDE, EL POSADERO Y MARGARET ERAN RECIBIDOS POR UNA MUJER GORDA, DE ROSTRO AFABLE, Y UNA NIÑA MUY RUBIA DE UNOS QUINCE AÑOS DE EDAD.
MA, TE PRESENTO A LA SEÑORITA LOIS.
¡BIEN VENIDA, HIJA MÍA! ÉSTA ES PATRICIA.
¡MUCHO GUSTO! ESTE RECIBIMIENTO ME HACE FELIZ. ¡GRACIAS A TODOS!
MA, ENSÉÑALE SU HABITACIÓN.
VENGA CONMIGO. LUEGO DE INSTALARSE BAJARÁ AL COMEDOR.
¡SON USTEDES MUY AMABLES!
¿VIENE USTED A VER ALGÚN PARIENTE A DOOMSHIRE, MARGARET?
NO, SEÑORA GUIRE, NO TENGO PARIENTES EN NINGUNA PARTE DEL MUNDO, AL MENOS ESO SUPONGO.
HE VENIDO A OCUPAR UNA PLAZA DE DAMA DE COMPAÑÍA EN MORGAN MANNOR.
¡OH, NO!

¿QUÉ SUCEDE, SEÑORA GUIRE?
¡NADA! NADA, NO SE PREOCUPE, HIJITA. QUIZÁS EXTERIORICÉ MI ANTIPATÍA HACIA MORGAN MANNOR. NADIE EN DOOMSHIRE MIRA CON BUENOS OJOS A LOS MORGAN...
¡AJÁ! AHÍ ESTÁ EL COCHE DE ESA GENTE, MARGARET. CREO QUE TENDRÁ QUE MARCHARSE CON ELLOS.
CUANDO MARGARET BAJÓ A LOS LLAMADOS DE GUIRE, VIO A JAMES QUE LA MIRABA DE UNA MANERA ESCRUTADORA. EN EL ACTO SINTIÓ AVERSIÓN HACIA EL CRIADO.
ESTE HOMBRE ES EL CRIADO DE LOS MORGAN! VIENE POR USTED.
¡OH, CUÁNTO LO SIENTO! ES DECIR, ¡JA, JA!, DEBO ACUDIR A MI EMPLEO, ¿VERDAD?
¿LA SEÑORITA LOIS? MI AMA ENVÍA POR USTED.
¿NO PODRÍA QUEDARME ESTA NOCHE AQUÍ?
CREO QUE A LA SEÑORA MORGAN NO LE AGRADARÍA ESO, SEÑORITA.
ESTÁ BIEN. VOY CON USTED.

MIENTRAS EL COCHE SE PERDÍA RUMBO A MORGAN MANNOR, EL POSADERO ABRAZABA A SU ESPOSA E HIJA.
¡OTRA MÁS, MA!
¡CALLA, PETER, QUE DIOS SE APIADE DE ELLA!
ACODADA EN LA VENTANILLA, MARGARET MIRABA PENSATIVA EL DESOLADO PAISAJE DEL PÁRAMO. MUY A LO LEJOS, VEÍASE UNA LUZ QUE POCO A POCO IBA AGRANDÁNDOSE A MEDIDA QUE ELLOS AVANZABAN...
LA VISIÓN QUE MARGARET TUVO DE LA CASA ERA DIGNA DEL PAISAJE EN QUE SE ALZABA. APARECÍA ENORME Y MAL CUIDADA, AL MENOS POR LO QUE ELLA PODÍA VER EN LA OSCURIDAD. SIN SABER POR QUÉ, LA MUCHACHA SINTIÓ FRÍO EN LOS PIES.
LA SEÑORA LA RECIBIRÁ EN EL ACTO, HAGA EL FAVOR DE ESPERAR AQUÍ.
SINTIENDO FRÍO HASTA LA MÉDULA DE LOS HUESOS, MARGARET RECORRIÓ CON LA MIRADA LA ENORME HABITACIÓN. POR ÚLTIMO SU ATENCIÓN RECAYÓ EN EL GRAN CUADRO. NO OYÓ AQUELLOS PASOS A SUS ESPALDAS.

¿ES UNA OBRA DE ARTE, VERDAD? ¿HA OBSERVADO ATENTAMENTE SUS OJOS? PARECEN VIVOS.
¡OH SEÑORA! ¿LA SEÑORA MORGAN?
YO SOY. TÚ ERES MARGARET LOIS, ¿VERDAD? ¿PUEDES IDENTIFICARTE?
¡POR CIERTO QUE SÍ! ÉSTOS SON MIS DOCUMENTOS.
PERFECTAMENTE, PERFECTAMENTE. ERES MÁS HERMOSA DE LO QUE PENSÉ QUE PODRÍAS SER, MARGARET. ¿ME PERMITES QUE TE TUTEE? TODAS MIS DAMAS DE COMPAÑÍA ME LO HAN PERMITIDO.
¡ME SENTIRÉ MUY HONRADA, SEÑORA!
ESTA CASA ES MUY SOLITARIA, MARGARET. EN ELLA SÓLO VIVIMOS JAMES, LA COCINERA Y YO. TODOS VEJESTORIOS. ¡JA, JA! NO HAY OTRO SER VIVIENTE EN ELLA, EXCEPTO LAS DAMAS DE COMPAÑÍA...
AL DECIR ESTO ÚLTIMO, LA EXPRESIÓN DE LA SEÑORA MORGAN SE TORNÓ EXTRAÑA.
¿SE REFIERE USTED A LAS QUE HAN ESTADO AQUÍ?
ESO ES LO QUE QUISE DECIR... ¿TIENES MUCHOS PARIENTES?
¡NO, NINGUNO! MI MADRE MURIÓ SIENDO YO MUY NIÑA Y FUI INTERNADA POR ALGUIEN EN UN ORFANATO. NO CONOCÍ A MI PADRE.
PERFECTO. CREO QUE NOS ENTENDEREMOS A LAS MIL MARAVILLAS. ¡YO AMO LA SOLEDAD!

¿HAS COMUNICADO A ALGUIEN TU VIAJE A MORGAN MANNOR?
BUENO... NO, A NADIE.
JAMÁS SUPO MARGARET POR QUÉ NO DIJO QUE SU PROMETIDO, PAT, SABÍA DONDE HABÍA VIAJADO.
ERES LA DISCRECIÓN MISMA Y AHORA QUIERO DECIRTE UNA COSA. TODA LA CASA ESTÁ A TU DISPOSICIÓN. PUEDES RECORRERLA DE ARRIBA ABAJO, MENOS..., **MENOS EL CUARTO CERRADO**. EN ÉL NO ENTRARÁS JAMÁS, ¿ME HAS OÍDO? ¡JAMÁS, HASTA QUE YO ASÍ LO DESEE!
HE COMPRENDIDO, SEÑORA.
BIEN. AHORA VEN CONMIGO; YO MISMA TE INDICARÉ TUS HABITACIONES.
A LA MAÑANA SIGUIENTE, MARGARET ENCONTRÓ QUE MORGAN MANNOR NO ERA TAN TÉTRICO COMO PARECÍA AL VERLO POR LA NOCHE. SE ENTRETUVO EN EL JARDÍN LARGO RATO. EN UN MOMENTO DADO COMENZÓ A SENTIR LA SENSACIÓN DE QUE ERA OBSERVADA POR OJOS OCULTOS...

MIRÓ EN TORNO DE ELLA, PERO NO VIO NADA QUE LE LLAMARA LA ATENCIÓN O QUE CONFIRMARA SU DESASOSIEGO. RECIÉN ENTONCES SE DIO CUENTA DE QUE EL SILENCIO ERA ABRUMADOR EN EL LUGAR...
ENTRÓ EN LA CASA Y SIN QUERER LANZÓ UNA MIRADA AL GRAN CUADRO DE "LOS OJOS VIVOS", COMO HABÍA DICHO LA SEÑORA MORGAN.
JAMES, ¿QUIÉN ES ESE CABALLERO?
ES EL DOCTOR TYSS MORGAN. UN ANTEPASADO DE LA SEÑORA.
¡OH!, YA ME PARECÍA RECONOCER EN ÉL UN AIRE DE FAMILIA. IRÉ A HACER COMPAÑÍA A LA SEÑORA.
¡OH, NO, NO! LA SEÑORA LE DIRÁ CUÁNDO QUIERA QUE LE HAGA COMPAÑÍA, SEÑORITA LOIS.
MUY BIEN, ENTONCES.
LAS ACTITUDES DE LA SEÑORA MORGAN Y DEL CRIADO, ÚNICOS SERES VIVIENTES QUE HABÍA VISTO HASTA ESE MOMENTO, ERAN POR DEMÁS EXTRAÑAS. MARGARET SE ENCOGIÓ DE HOMBROS Y DECIDIÓ PASAR EL TIEMPO CATALOGANDO LAS OBRAS DE ARTE DE LA CASA...
RECORRIÓ ASÍ TODO EL PRIMER PISO, Y LUEGO EL SEGUNDO. POR ÚLTIMO, EL TERCERO. AQUELLA LABOR LE HABÍA LLEVADO UNAS TRES HORAS...

SE ENCONTRÓ POR FIN EN UN LARGO PASADIZO, DONDE, COMO ALGO INSÓLITO ALLÍ, SE VEÍA UN HERMOSO JARRÓN CHINO. MARGARET TOMÓ NOTA DE ÉL Y LUEGO LANZÓ UNA MIRADA A LAS DESNUDAS PAREDES. A AMBOS LADOS HABÍA HABITACIONES...
REVISÓ CUATRO DE ELLAS. UNA DE LA DERECHA Y TRES DE LA IZQUIERDA. PERO LA PENÚLTIMA DE LA DERECHA ESTABA CERRADA CON LLAVE. ENTONCES SE LLEVÓ UNA SORPRESA...
LA PUERTA QUE DEBÍA SEGUIR A LA CERRADA **NO EXISTÍA**. ERA UN MURO SIN PICAPORTE NI CERRADURA, PERO EVIDENTEMENTE HABÍA SIDO UNA PUERTA ALGUNA VEZ.
¿SERÁ ÉSTE EL CUARTO QUE NO DEBO VISITAR? DE TODOS MODOS ME PARECE FUERA DE SENTIDO TAL ADVERTENCIA, YA QUE ESTÁ TAPIADO.
EN ESE INSTANTE, A LA JOVEN LE PARECIÓ OÍR ALGO AL OTRO LADO DEL TABIQUE.
CREYENDO HABER OÍDO MAL, MARGARET PEGÓ EL OÍDO A LA PARED...
¡CIELOS, DENTRO HAY ALGUIEN! ¡NO PUEDE SER!
UNA MANO PESADA SE APOYÓ EN SU HOMBRO, HACIENDO QUE LA MUCHACHA LANZARA UN GEMIDO DE ESPANTO.
¡A LA SEÑORA NO LE GUSTARÁ SABER QUE ESTÁ USTED DESOBEDECIÉNDOLA!

CONTINUA EN PAGINA 32

MORIR ES FACIL

ELMER SAVAGE, Jr.

El saber si existe un más allá, una vida tras de la muerte, ha sido un problema que ha preocupado al hombre desde que se diferenció como animal pensante. Ya los primeros homínidos enterraban de forma especial a sus difuntos, dándonos a entender que creían que estos iban a emprender un viaje hacia otro tipo de existencia. Y el problema de la existencia tras la muerte ha constituido la piedra de toque de las principales religiones.

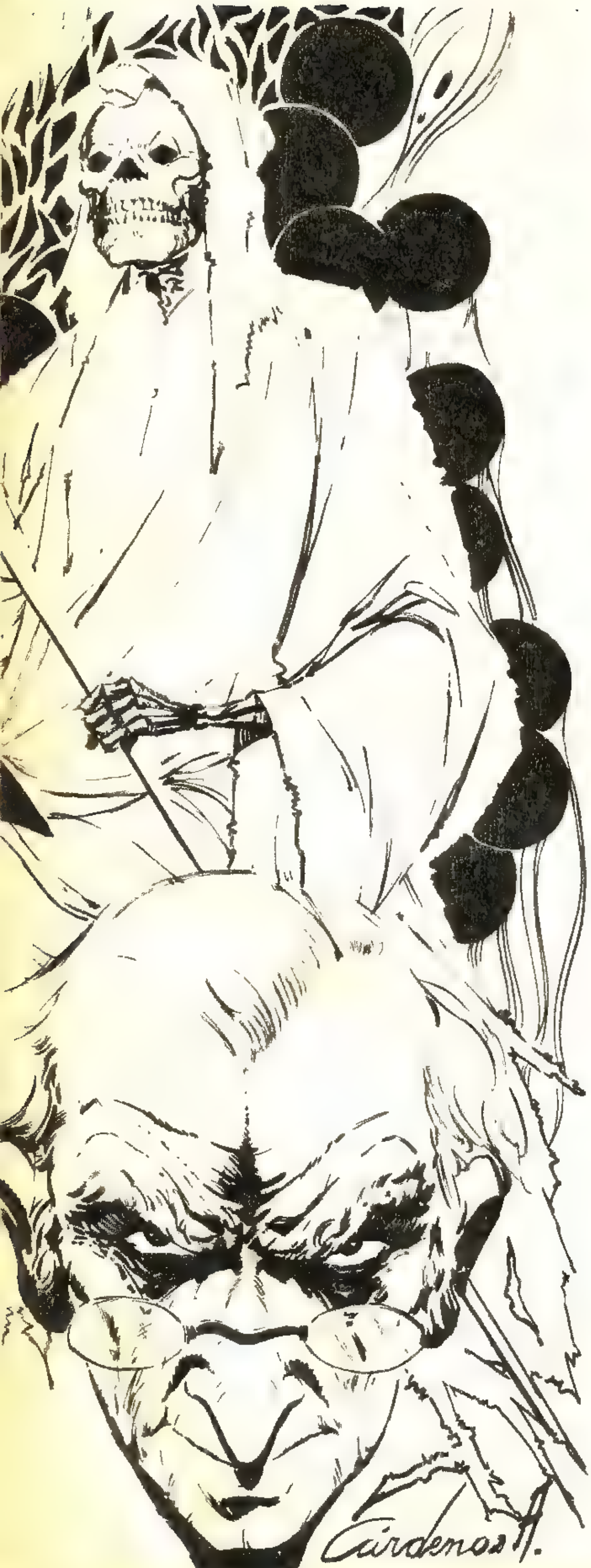
Pero como ningún humano en su sano juicio (y en circunstancias normales) desea morir, la incertidumbre nebulosa tras el fallecimiento da origen a un TERROR que sólo una noticia cierta de lo que espera al difunto podría paliar...

YA todo ha pasado. No hay remedio. Puedo contar cómo ocurrió. Quizá sirva de lección para los muchos que puedan encontrarse en un caso parecido al nuestro. Eso espero.

Hace unos minutos de eternidad me preguntaba acerca de la utilidad o inutilidad de mi relato, puesto que sentía la preocupación de hallar el medio de trasladarlo a los posibles lectores. Dado mi estado, resulta harto improbable que mis pensamientos, mis evocaciones, encuentren una vía expresiva útil a la gente. Pero creo que en toda confesión es más importante el sentido propio del desahogo que la divulgación de la historia. Por eso voy a contarlo, aun a sabiendas que va a resultar más que imposible que mi relato llegue a oídos humanos, caiga en un terreno abonado intelectualmente, donde las enseñanzas implícitas en mi historia puedan germinar en una lección práctica, asimilable, ejemplarizante.

Y dejemos ya las lucubraciones más o menos gratuitas. Entraré en materia, para así, en esta espera que ignoro si será larga o corta, pueda mi mente hallar una válvula de escape, un cierto alivio que apague el fuego del rencor ardiendo en mi espíritu.

Para mayor claridad en mi relato, es preciso hablarles primero de mi amigo, de mi camarada, Jasper Vermont. Cuando una amistad se prolonga a lo largo de más de cuarenta años y persiste después de ser ambos amigos sesentones, los lazos que unen a estas dos personas ca-



recen de definición exacta en el léxico habitual. Jasper y yo éramos casi como hermanos. Digo casi porque sólo nos faltaba la consaguinidad para dar a nuestros espíritus el apelativo fraternal. Tanto él como yo carecemos absolutamente de familia, por lo que no es de extrañar que desde hace mucho tiempo ambos hubiéramos hecho testamento en favor mutuo, legándonos cuantos bienes poseíamos, lo que en mi caso significa dejar testamentariamente una fortuna bastante considerable.

Jasper vive a dos manzanas de mi casa e indefectiblemente cada dos tardes viene a visitarme..., es decir, venía. Juntos solíamos pasar las veladas hablando por regla general de cosas intrascendentes, de la situación financiera, de la evolución de los tiempos, etc. Lo malo es que hace unos meses en nuestra cotidiana conversación hizo acto de presencia un tema en el que me sentía muy en desacuerdo con Jasper, un tema nada agradable, por cierto, pero que asomaba cada noche en mi confortable sala de estar como un fantasma irreductible, interponiéndose entre nuestros criterios, de ordinario coincidentes en los demás aspectos de la vida.

Este tema era el de la muerte.

Yo tenía un concepto estrictamente legalista de la definición de la muerte. Jasper, por su parte, lo tenía más amplio, más generoso. Sin embargo, para no cansarles a ustedes con una larguísima lucubración acerca de nuestras dispares opiniones, será mejor que evoque aquí mismo una de estas discusiones, precisamente la más representativa de todas, la que tuvo lugar tres días antes de que yo me vea abocado a este callejón sin salida.

Hacía frío, pero sentados ante la chimenea de mi acogedora sala de estar y con una copa de excelente coñac francés en la mano, el tiempo inclemente sólo servía, como en tantas ocasiones, para romper el hielo de la conversación. Ahora habíamos embocado el tema candente, el tema que se convirtiera en lugar común de nuestras discusiones: ¿Cuándo se muere? ¿En qué momento el hombre ha muerto realmente?

—¿Y cómo podemos saber, Conrad, si el individuo ha muerto en realidad? —me preguntaba Jasper por enésima vez—. ¿Quién puede determinar sin error alguno que ese individuo que yace inmóvil ni ve, ni oye, ni percibe de alguna manera lo que ocurre a su alrededor?

—Te repito, Jasper, que se le considera muerto legalmente cuando su corazón deja de latir. Tú debes comprenderlo mejor que yo. La sangre no circula por su cerebro y las células mueren al faltarles oxigenación... —fue mi respuesta.

—¡Esa es una hipótesis gratuita! —exclamó Jasper—. ¡Nadie ha podido estar jamás dentro de esas células para saber sin la menor duda que mueren por entero al faltarles el oxígeno que les lleva la sangre!

Irritado, me incorporé un poco en el cómodo sillón que ocupaba.

—¡Pues mueren! Experimentalmente se ha visto que las células cerebrales son muy sensibles a la anoxia, o "hambre de oxígeno", y que quedan destruidas en cuanto les falta su porción regular de este gas vital. Por lo tanto, si quedan destruidas, su función sensorial y perceptiva cesa...

Más excitado que de ordinario, Jasper me interrumpió, diciendo:

—¡Ahí está el meollo de la cuestión, Conrad! Mira, supónte que las células cerebrales no mueren minutos después de pararse el corazón, sino que continúan viviendo durante horas, quizás días... ¿Qué ocurriría entonces?

Negué tozudamente con la cabeza.

—¡Pero sabemos que las células cerebrales no pueden durar más de quince minutos con vida si les falta oxígeno! —protesté.

Jasper se rascó la cabeza.

—En su estado normal..., quizás... Pero, imagínate, Conrad, que en el momento de detenerse el corazón, por algún sistema desconocido para la ciencia actual, se dispara algún mecanismo humano de "seguridad" y esas células cerebrales en vez de morir por anoxia entran en un estado metabólico de choque o de animación reducida...

—¿Animación reducida... choque? ¡Paparruchas! ¡Ridiculeces sin fundamento científico alguno! —exclamé desdeñoso.

—¡Eso no lo puedes asegurar! Carecemos de pruebas tanto en uno como en otro sentido —arguyó mi amigo, el rostro encendido por la excitación—. Si existiera ese mecanismo de seguridad del que te acabo de hablar, cuando se presenta un estado de choque excepcional en el que las células sensoriales del cerebro se ven privadas del riego sanguíneo, éstas podrían sobrevivir de alguna manera desconocida a base quizás del oxígeno residual existente en el protoplasma..., y que permitiría prolongar la vida celular durante horas...

Di un sorbo de mi copa y miré a mi amigo enarcando las cejas.

—Según tú, un hombre no está muerto real y verdaderamente cuando la medicina forense actual le declara cadáver, ¿verdad? Afirmas que puede seguir sintiendo, viendo y oyendo aunque no pueda moverse...

—Exacto... —Jasper se inclinó hacia mí, adoptando un tono que me pareció truculento—. Piensa, Conrad, en la gran cantidad de cadáveres que has visto en tu larga existencia y que aparecían con los ojos abiertos..., unos ojos que los demás procuramos cerrar colocándoles en los párpados, como peso que les obligue a la inmovilidad, una moneda de plata, o trocitos de algodón o cualquier otro procedimiento... ¡Imagínate, Conrad, el horror que experimentarías si te obligaran a tener cerrados para siempre tus ojos, sabiendo que aún podías ver que...!

—¡Basta, Jasper! —alcé el brazo en un gesto imperativo—. ¡Te estás pasando de la raya con tu absurda teoría!

Pero Jasper no quiso detenerse y prosiguió con aire siniestro:

—¡Piensa, Conrad, en el espanto que sentirías al notar cómo el embalsamador te iba extrayendo la sangre del cuerpo poco a poco, para dar paso después a ese lí-

quido que te corroería las entrañas!, ¡Sentirías dolor! ¡Dolor! ¡Un dolor inmenso, inimaginable!... ¡Y luego escucharías cuanto se dijera en tu propio funeral!... ¡Y notarías como cerraban la tapa de tu ataúd..., y la clavaban!... ¡Después..., te darías cuenta de que la caja donde tú iniciabas el último viaje iba siendo descendida al fondo de la fosa..., y notarías...!

—¡Basta!

—¡Y... notarías cómo las paletadas de tierra húmeda caían sobre el féretro..., una..., otra..., y otra..., y otra..., y otra..., hasta reinar el silencio final, definitivo, un silencio en el que irías muriéndote poco a poco..., muy poco a poco..., hasta extinguirte del todo...!

Airado, me levanté del sillón, volcando mi copa casi vacía.

—¡Cielo santo, Jasper! ¡Veo que estás loco! —jadeé—. ¡Y prefiero retirarme antes que seguir escuchándote tamañas insensateces! ¡Buenas noches!

Esta fue la discusión más violenta que habíamos tenido en nuestra vida. Bueno..., hasta entonces. Porque a la noche siguiente ocurrió..., ocurrió... No sé cómo explicarlo. Mejor será que transcriba fielmente, palabra por palabra, lo que hablamos en la tarde que desembocó en mi estado actual, en esta catástrofe irreparable que lamento con todas mis escasas fuerzas...

Veamos.

Me tocaba a mí visitar a Jasper. Creo que antes se me pasó por alto decir que nuestras reuniones se celebraban alternativamente en una casa u otra. Así era y por esta razón visité la casa de mi amigo..., por última vez.

Nada más entrar y aún antes de acomodarme en el sillón habitual que Jasper me tenía reservado frente a su chimenea, advertí en mi camarada una expresión hosca, de ser vencido, abrumado por alguna adversidad. Esperé a que me confiara sus cuitas, si es que existían.

—¿Tomarás coñac, como siempre, Conrad? —me preguntó, empezando a llenar mi copa.

—Sí, claro, coñac..., como siempre —repuse—. ¿Y tú? ¿No bebes? —pregunté al advertir sólo un servicio.

—No, esta noche prefiero no hacerlo, si no te molesta —murmuró Jasper, entregándome la copa y sentándose en silencio, los hundidos ojos clavados en el alegre y reconfortador fuego.

Permanecimos callados bastante rato. En mi mente daba vueltas y vueltas a un nuevo argumento que creía echaría por tierra su teoría de la existencia de la vida aún después de que la ley declarara muerto al individuo, pero prefería dejar que mi amigo pusiera sobre el tapete la materia de nuestra discusión favorita. No lo hizo, sino que permaneció sumido en su hosco mutismo. Temí que estuviese enfadado conmigo por mi actitud de la noche anterior, así que di un largo sorbo de mi coñac y me aventuré a preguntar:

—¿Qué te pasa, Jasper? Advierto que hay algo que te preocupa...

Alzó la cabeza y fijó en mí unos ojos inmensamente tristes.

—Es cierto, Conrad... Estoy preocupado..., muy preocupado —dijo—. Mira, Conrad..., me encuentro arruinado..., arruinado...

Lo miré incrédulo.

—¿Has dicho arruinado, Jasper?

Asintió con la cabeza y desvió la mirada.

—Sí, Conrad... Y lo peor de todo es que me veo agobiado por una serie de deudas importantísimas que..., no admiten espera. ¡Necesito mucho dinero y con urgencia!

Al oír esto olvidé por completo la argumentación con que esperaba rebatir sus afirmaciones gratuitas acerca de la muerte real y la legal. Experimenté entonces una sincera simpatía hacia mi amigo. Por eso no es de extrañar que mis palabras fuesen las siguientes:

—Jasper, sabes que de muy buena gana te prestaré cuanto te haga falta, sin fijar límite...

Me interrumpí al ver la extraña expresión del rostro de mi amigo. Recuerdo ahora que por mi espíritu pasó como una especie de premonición, de aviso a lo que estaba a punto de saber. Luego, las palabras calmosas de Jasper fueron como un jarro de agua helada vertido sobre mi envejecido organismo.

—¿Hacerme un préstamo, Conrad? —dijo con una sonrisa siniestra—. ¡No seas estúpido! ¡Me llevaré toda tu fortuna!... ¡Toda!... ¡Y fácilmente..., porque he envenenado ese coñac que bebiste!

Mis ojos se desorbitaron. Los clavé en la copa que, casi vacía, estaba entonces sobre la mesita. Traté de levantarme y las piernas no me obedecieron.

—¡No, Jasper! ¡No! —exclamé. Reanudé mis esfuerzos, vanamente... Me sentía paralizado.

Fue Jasper quien se levantó. Su mirada era ahora dura y cruel.

—No te molestes en tratar de tomar un vomitivo... El veneno que te he administrado es de acción rápida —dijo—. Dentro de unos segundos estarás muerto.

Creo que en aquel instante de desesperación todas mis escasas energías convergieron en mis piernas. ¡Y me levanté..., y di un par de pasos hacia la puerta!

—¡Jasper! ¿Cómo has podido hacerme...? —dije entrecortadamente. Luego vi cómo el suelo venía a mi encuentro, noté un fuerte porrazo y sentí el tejido de la alfombra rozándome la mejilla, la oreja, las manos.

Ya no podía moverme. Ni parpadear siquiera. Ante mis ojos aparecía una única e inconmovible escena: la parte inferior del sillón que había ocupado Jasper, una de las patas de la mesita, el final de la alfombra y la base de la estantería de un costado de la habitación. Luego, en mi reducido campo de visión aparecieron los pies de mi asesino. Adiviné que se inclinaba sobre mí, aun antes de que su rostro quedara enfocado por mis inmóviles pupilas.

—Adiós, Conrad... Hasta nunca..., y gracias por tu

testamento —le oí decir claramente, como si no me hubiese ocurrido nada y estuviera sentado, escuchándolo desde el otro lado de la mesita que nos separaba habitualmente.

Segundos más tarde noté cómo alzaba mi diestra y me tomaba el pulso. Permaneció callado unos instantes, para decir después:

—Ya no te late el corazón... Estás muerto... Legalmente muerto.

Recuerdo que entonces sus palabras me parecieron absurdas. ¿Cómo podía yo estar muerto? Lo oía hablar, moverse, caminar, notaba el cosquilleo de la alfombra allá donde estaba en contacto con mi piel; hasta percibía el olor de madera quemada procedente de los leños que ardían en la chimenea. También escuché su arrastrar de pies y los chasquidos del disco del teléfono cuando marcaba no sé qué número. Cuatro o cinco segundos después decía:

—¿"Salón Funerario La Mastaba"? ¿Es usted, Goldberg? Aquí el doctor Jasper Vermont. Será mejor que venga ahora mismo y traiga sus cachivaches... El doctor Conrad Schneider acaba de morir... Sí, en mi casa... Un ataque al corazón...

Desde mi puesto, en la alfombra, mi pensamiento se alzó como un grito mudo de protesta: "¡No, no es verdad! ¡No, por favor! ¡No estoy muerto! ¡Vivo..., vivo todavía!"

Sé perfectamente que las almas son inmateriales, que no experimentan las sensaciones físicas propias de la carne. Pero en aquel momento la mía sudaba, sudaba una especie de inexistente agua fría, procedente de algunas fuentes desconocidas de otra dimensión, abiertas por la acción del pánico más inconcebible.

Oí cómo Jasper colgaba el teléfono y volvía a plantarse ante mí. Distinguí segundos después su cara, mirándome burlona.

—¡Pobre Conrad!... ¡Se acabaron para siempre nuestras discusiones tontas!... ¡Ya no tendré que defender absurdas teorías que ni yo mismo creía!... Lo malo es que tuve que recurrir al veneno..., porque no había manera de alterarte tanto en nuestras disputas que se te produjera un ataque al corazón y murieses, legándome esa fortuna que tantísima falta me hacía... De todas maneras, ya conseguí lo que buscaba... ¡y con suma facilidad!

Noté cómo movía mi cuerpo y me colocaba boca arriba. Ahora mis pupilas captaban la rojiza oscuridad que reinaba en el techo del salón. También me di cuenta de que sus manos me desabrochaban el chaleco y se posaban frías encima mismo de mi corazón.

—Da gusto ver cómo se resuelven las cosas con sencillez —seguía Jasper en un monólogo que añadía más tormentos a los que estaba sufriendo mi cuerpo y experimentaba mi alma—. Como soy médico, firmaré el certificado de defunción, indicando que el fallecimiento se ha debido a causas naturales... Nadie pondrá en duda mi palabra..., máxime conociendo la profunda y sólida amistad que nos unía, querido e ingenuo Conrad...

Lejos, muy lejos, sonó un timbre. Jasper desapareció de mi vista y al cabo de unos momentos comprendí que habían llamado a la puerta. "¿Quién podrá ser a estas horas?", me pregunté nervioso. Sabía que mi criminal amigo no recibía más visitas que las mías y durante un instante concebí la esperanza de que por alguna de esas casualidades que sólo ocurren en las novelas, apareciera en la sala algún inspector de policía y detuviese a Jasper, acusándolo de intento de asesinato y llevándome a mí a cualquier centro clínico donde los médicos me devolvieran el movimiento y la capacidad de hablar, ya que no la vida, puesto que ésta seguía conservándola...

Pero tan absurda esperanza no podía sobrevivir mucho tiempo. Y no sobrevivió. En cuanto me llegó su voz, cuando Jasper y él se encontraban todavía en el vestíbulo, reconocí al recién llegado. Era Samuel Goldberg, el propietario y encargado de la funeraria de la barriada. Metafóricamente un escalofrío me recorrió la columna vertebral.

—¿Cómo ocurrió, doctor? —oí que preguntaba Goldberg.

—De la manera más inesperada, amigo Sam —respondía con cinismo Jasper, su voz convertida en una especie de dolorido gemido—. Estaba tan bien, tan lleno de vida, bebiendo su coñac, cuando..., de pronto..., ¡se desplomó!

"¡Hipócrita asesino!", grité inaudiblemente desde mi desesperado silencio. Llegaron a la sala.

—Me temo que en parte tengo yo la culpa, amigo Sam —decía para entonces Jasper—. Estuvimos discutiendo una teoría médica mía. El pobre Conrad se excitó más de la cuenta y..., y le falló el corazón...

Hubo una pausa, que rompió el funerario al decir:

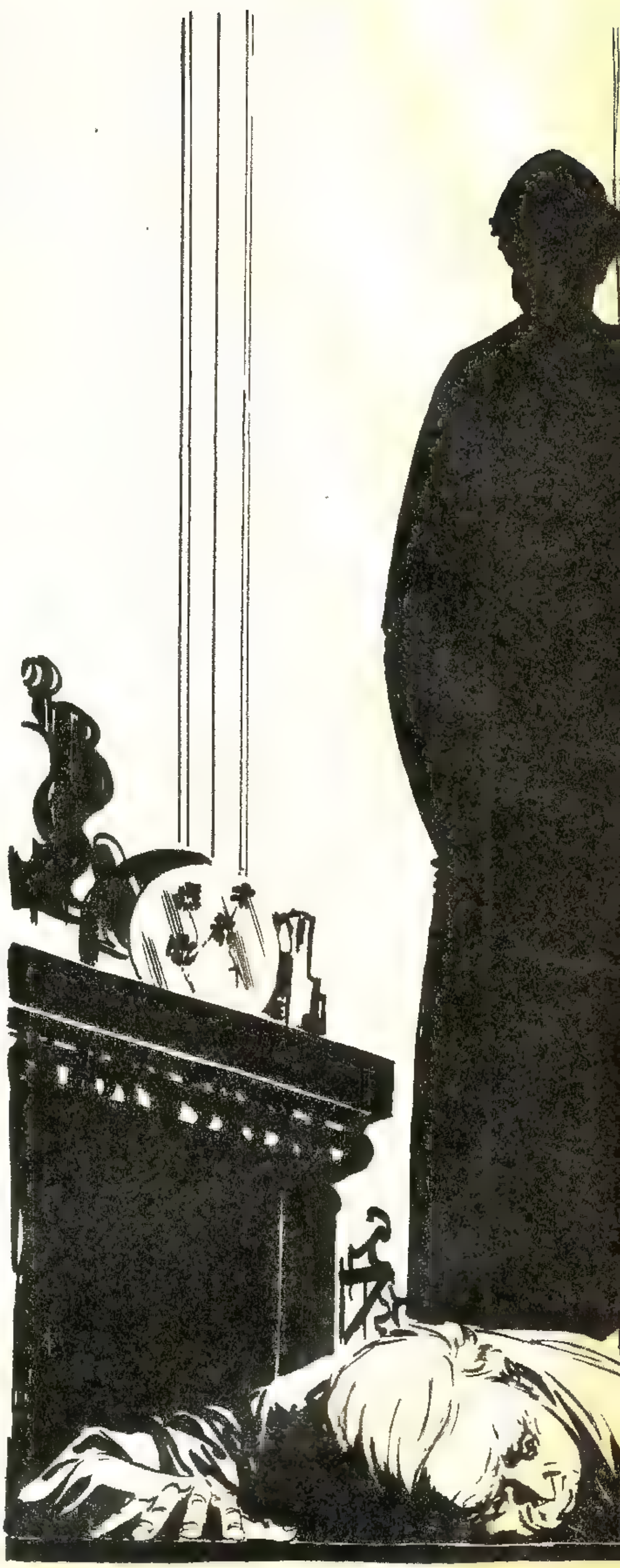
—Mala cosa... Lo lamento por el señor Schneider, era una buena persona. En fin, será mejor que me lleve el cadáver a mi establecimiento. Allí lo podré preparar con más comodidad.

—Tiene usted razón, Sam —respondió el traidor Jasper—. Le acompañaré. Yo era la única persona en el mundo para Conrad... Ya sabe usted, no tenía familia... Por eso creo que es inútil prolongar esto más tiempo. Le ruego que prepare para mañana un funeral sencillo y digno...

—Lo comprendo, señor Vermont. No vale la pena perder tiempo. En mi furgoneta traje un cesto de mimbre. ¿Quiere ayudarme?

—Naturalmente...

Oí cómo sus pasos se alejaban. Más tarde me llegó el sonido de la puerta de la casa primero y de la furgoneta después. Al poco rato regresaban los dos. Adiviné que llevaban uno de esos siniestros cestos de mimbre, acolchados por dentro, que sirven para trasladar los cadáveres desde el domicilio mortuorio hasta el salón fúnebre de las funerarias. Debieron dejarlo sobre la alfombra, porque percibí un chasquido apagado. Goldberg me cogió por debajo de los brazos y al levantarme mi cabeza cayó hacia adelante y pude ver fugazmente a Jas-



per, doblado casi sobre sí mismo, los brazos extendidos para asirme por los tobillos.

—El pobre doctor Schneider era un buen hombre —murmuró el funerario.

—Sí..., pero muy pesado —jadeó Jasper—. La gente obesa es mucho más propensa a padecer ataques al corazón.

Me metieron en el cesto y, de pronto, Jasper se inclinó sobre mí.

—¡Sam, fíjese en sus ojos! —exclamó.

Vi su rostro siniestro mirándome fijamente. Se le unió el anguloso de Goldberg.

—Sí, los veo. Están abiertos —dijo con indiferencia el funerario—. ¿Verdad que parece como si nos estuviera mirando? Bueno, eso se arregla pronto...

¡Y las yemas de los dedos de Goldberg bajaron lentamente hacia mis pupilas, se apoyaron en mis párpados y me cerraron los ojos! ¡Una densa oscuridad se apoderó de mí! ¡Quise gritar, protestar, acusar..., y no pude!

Mi alma se sentía enervada, vibrante..., pero incapaz de transmitir sus órdenes a aquel maldito cuerpo que parecía distanciado, separado, alejado de mi propia personalidad. Traté de serenarme, de decirme a mí mismo que aquello no era real, que se trataba de una maldita pesadilla... Pero, entonces, el cuerpo, ese cuerpo mío absurdamente paralizado, parecía poder transmitir a mi esencia toda clase de sensaciones táctiles, olfatorias y audibles, desvirtuando así el carácter de sueño, de pesadilla a los acontecimientos que se me sucedían.

Mi nariz captaba el vago tufillo a podredumbre, a desintegración, que emanaba del interior del cesto de mimbre..., ese hedor dejado por los mil cuerpos inertes que habían viajado en tan horrendo recipiente...

Y mi sentido del equilibrio me estaba indicando sin lugar a error que entre Jasper y Goldberg habían levantado el gran cesto y me sacaban de la casa, para introducirme en la furgoneta.

—Tenga cuidado, Sam, no lo golpee... —la voz de Jasper me llegó amortiguada por el acolchado del cesto.

El funerario soltó una risita.

—No se preocupe, señor Vermont, que su amigo es incapaz de notar ningún golpe...

Aquel chiste me exasperó mucho más que cualquier otra cosa. De buena gana, de haber podido, habría salido del cesto y emprendido a puñetazos con aquel tipejo que, viviendo de los muertos, no mostraba el menor respeto hacia los cadáveres....

¿Cadáveres, dije? ¡No, yo no estaba muerto, no lo estaba!

El ruido del motor del vehículo sirvió para recordarme lo apurado de mi situación. De nuevo apelé a toda mi cordura para buscar con la paciencia necesaria un medio que revelara al mundo que seguía con vida, que no podían enterrarme, que necesitaba con suma urgencia un tratamiento médico adecuado que devolviese a mis músculos la perdida capacidad de movimiento.

Pero a cada incidencia, mi mente se atribulaba, se espantaba ante la inminente perspectiva... Así, por ejemplo, me di perfecta cuenta de que la furgoneta se detenía, finalizado el corto trayecto. Y oí como Jasper comentaba con gran indiferencia:

—Ya hemos llegado.

Y cómo Goldberg le respondía, igualmente indiferente:

—Ayúdeme a sacarlo de la trasera, señor Vermont.

Percibí el chirriar de las puertas posteriores de la furgoneta al abrirse y noté cómo entre los dos hombres arrastraban primero por la abertura el cesto, para luego agarrarlo por las asas y levantarlo en el aire. Incluso percibí el sonido de sus distintas pisadas. Los pies de Jasper arrastrándose por el pavimento, como si no pudiera con la carga. Los pies de Goldberg avanzando más seguros, indicando así la larga experiencia en esta clase de trabajos.

Una puerta que se abre. El *clic* de un interruptor eléctrico. Un avanzar más uniforme por el suelo del establecimiento. La inmovilidad casi definitiva del cesto. Y un olor nauseabundo impregnando mis fosas nasales: el hedor del formaldehido, apenas mal disimulado por el aroma de un perfume barato.

—¿Tenemos que sacarlo de... ahí? —preguntó Jasper, su voz un poco insegura, ignoro si por el esfuerzo o impresionado por la macabra decoración circundante.

—Será lo mejor —fue la untuosa respuesta de Goldberg—. Ya que desea usted un funeral rápido, lo más conveniente es comenzar ahora a prepararlo.

—Está bien. Cuando usted guste, Sam.

Un resplandor debilísimo, más bien un leve cambio en la oscuridad que cubría mis párpados, me indicó que habían abierto la tapa del cesto. De nuevo un par de brazos cogiéndome por los sobacos y otro agarrándome los tobillos. Y la sensación de ser izado, la de viajar un corto trecho y... una cosa fría sobre la que me dejaron.

¡Una mesa de mármol!

—Menos mal que la muerte ha ocurrido en mi casa —dijo Jasper.

Esa frase me desconcierta. Pero no tardo en comprenderla.

—¿Por qué lo dice, doctor Vermont? —es la pregunta que hizo Goldberg.

—Porque de haber fallecido en su domicilio, el pobre Conrad hubiera llevado su clásico batín de paño, lo que le hubiera obligado a usted, Sam, a amortajarlo con uno de sus trajes. ¿Comprende?

—Ya sé a qué se refiere, doctor. El traje que lleva es bastante nuevo. Y oscuro. Hará una buena mortaja. ¡Menos trabajo para mí! ¿Le importa esperar unos instantes mientras voy a buscar lo necesario?

Presumo que Jasper debió decir que no con la cabeza, porque tras una leve pausa percibí los pasos de Goldberg alejándose, para retornar cosa de un minuto más tarde.

¡Y entonces a mis tímpanos llegó un sonido de frascos y tubos!

—Emplearemos el proceso de embalsamamiento más vulgar —dijo el funerario—. Primero le extraeremos algo de sangre. No toda, sólo lo suficiente para que en las venas le quepa la cantidad de líquido necesaria para detener momentáneamente el proceso de descomposición del cuerpo... Es cosa de pocos minutos..., máxime con estos aparatos que poseo, los más modernos y eficientes de su género...

—Comprendo —murmuró Jasper.

No noté el pinchazo, pero sí los dedos fríos de Goldberg tocándome la piel del cuello. Es indudable que me introdujo en la yugular una gruesa aguja, porque percibí un siniestro borbotear de un líquido espeso sonando junto a mi oído.

—Con esto hay suficiente... Ahora el líquido embalsamador...

Noté en mi pecho un dolor vivísimo, como si una cuña de madera se clavara en mi corazón, por debajo de las costillas, de los pulmones. Fue algo brusco, fuerte y rápido, pero que agradecí sobremanera, porque indicaba que estaba vivo, que seguía viviendo..., que en cualquier momento despertaría, me movería y acusaría implacable a Jasper, a mi presunto asesino.

Aguardé ansioso en espera de captar el primer signo que me indicara estar de nuevo controlando mis miembros, recuperando la facultad rectora de mis músculos... ¡Pero pasaron los minutos y esto no se produjo!... Sentí angustia, una inmensa angustia. En el fondo de mi cerebro bullía algo impreciso, algo que pugnaba por abrirse paso hacia mi conciencia..., era como un timbrecito de alarma con su sonido amortiguado por..., por cualquier absurdo temor a... enfrentarme con la realidad.

Samuel Goldberg había acabado de inyectarme. Lo supe porque percibí el sonido de las jeringas y de los aparatos al ser retirados de mi proximidad. Las palabras que escuché casi de inmediato me lo confirmaron.

—Bueno, ya está —anunció el funerario—. Sólo nos queda elegir el ataúd.

—Sam, que no sea demasiado caro, ¿eh? —recomendó Jasper.

"¡Maldito!", pensé yo. "¡Tratas de mostrarte mezquino conmigo! ¡Conmigo que... te lego una considerable fortuna! ¡Conmigo a quien has asesinado de la manera más inicua del mundo!"

Oí cómo sus pasos se perdían en la trastienda. Me había quedado solo, completamente solo. Y yo, que tanto amaba la soledad, sentí un pánico irremediable, incontenible a carecer de compañía. Instintivamente sabía que este breve espacio de soledad sería un preludio a la eterna sucesión de los minutos de la tumba, de la fosa, donde no puedes ni sueñas compartir tan inútil espera con nadie, absolutamente con nadie. La atormentada angustia de mi espíritu se resiste a una simple y somera descripción. No me es posible explicar la amargura que se experimenta al saberse solo, sin esperanza de compañía. Esa experiencia, amigo lector, la has de vivir tú..., tarde o temprano...

¡Es algo ineludible! Cuando te llegue tu momento..., entonces me comprenderás..., entonces..., ¡cuando ya sea demasiado tarde!

Capté el ruido de pasos regresando. Debían ser Jasper y Goldberg. Traían el féretro. Noté cómo lo depositaban en el suelo y abrían la tapa. Luego, los dos hombres volvieron a cogerme por debajo de los brazos y por los tobillos, y efectué un corto trayecto hasta advertir que me depositaban sobre una superficie bastante muelle que exhalaba un olor a tela nueva y a madera fresca. ¡Era mi ataúd..., mi última y definitiva morada!

—¡Así..., perfecto! —exclamó Goldberg con un siniestro chasquear de labios.

Debieron separarse unos metros para ver el efecto que hacía mi cuerpo dentro del féretro. Seguro que merecí la aprobación de Jasper, puesto que dijo:

—Bien... ¿Se encargará usted, Sam, de los detalles del funeral y de la reserva de sepultura?

No oí la respuesta del funerario, por lo que presumo que debió afirmar con la cabeza.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Goldberg.

Y se fueron, dejándome allí, en el ataúd, la tapa a un lado y unas cuantas velas encendidas a mi alrededor, iluminando mi túmulo funerario. Esto lo adiviné más que nada por el olor a cera quemada que me llegaba hasta las fosas nasales.

Me pareció que volvían a los pocos minutos, pero debió ser unas cuantas horas después, al tenor de lo que iban diciendo al entrar en la sala.

—...La gente llena la pequeña capilla, doctor Vermont —murmuraba Goldberg con su voz ronca y desagradable—. No creí que viniera tanta gente.

—El pobre Conrad tenía muchos amigos —respondió Jasper—. Quien más y quien menos ha querido rendirle este último tributo... Creo que debemos terminar cuanto antes. ¿No le parece, Sam?

—Sí, será lo mejor. ¿Me ayuda a clavar la tapa?

¡Clavar la tapa! ¡Iban a cerrar mi ataúd! ¡No, no podían hacerlo! ¡Aún estaba vivo! ¡Eso sería quitarme la última posibilidad de salvación!... ¡No!... ¡NO!... ¡NOOO...!

Los esfuerzos de mi alma por comunicarse con el exterior resultaban enloquecedoramente inútiles. En vano intentaba empuñar los invisibles hilos que manejan los músculos del cuerpo... No existían o estaban irreparablemente rotos...

Un rostro asomó sobre el borde del féretro. Supongo que lo hizo, porque lo único que advertí fue como si la oscuridad de mis párpados se espesara algo más. Luego oí la voz quejumbrosa y plañidera de Jasper.

—¡Adiós para siempre, buen amigo! ¡Jamás te olvidaré! —dijo.

"¡Asesino maldito!", exclamó mi alma. "No, no me olvidarás..., ya me encargaré yo, sea como sea, de no dejar que vivas en paz ni un solo segundo de tu criminal existencia".

Un sonido de madera al ajustar la tapa. Un escalofriante y desesperanzado ruido. Luego, martillazos... ¡Martillazos!

¡Estaban clavando la tapa! ¡La tapa!

¡Pam... pam... pam...!

Cada golpe resonaba en mi alma, gravitando sobre ella como una masa ingente de plomo. Sentí como si mi espíritu fuera a estallar por causa de la tensión insufrible que le dominaba...

¡Pam..., pam..., pam...!

¡Cada clavo es como un cerrojo que impide mi salida al mundo de los vivos!

¿Es que no va a terminar nunca este martirio?

Ya no pienso en salir del ataúd, en reintegrarme al mundo habitual. No. Unicamente deseo que finalice pronto esta agonía. Ansío dejar de ser, dejar de percibir, dejar de...

Me trasladan. Me llevan. Mi mente es un torbellino de desesperación y de angustia. El trayecto ha sido corto, porque noto casi en seguida la inmovilidad. Escucho unos profundos acordes de armonio y luego un coro de voces irregular. ¡Mi funeral!

Tras los himnos, una voz honda y grave pronuncia unas cuantas palabras elegíacas.

—...Sí, el doctor Conrad Schneider nos ha dejado... —capto entre otros retazos oratorios—, ...pero su memoria persistirá en nosotros mientras vivamos... Fue un hombre bueno..., su ejemplo ha de conmovernos..., presente en nuestras oraciones..., los que le quisimos en vida... supimos valorar sus cualidades... Amén... Descanse en paz.

¡Qué frases más vacías, más circunstanciales! De buena gana me habría encarado al orador y a la audiencia y les hubiera llamado hipócritas falaces...

Música otra vez. Cánticos destemplados.

Movimiento. El murmullo de conversaciones en voz baja como fondo desagradable. ¿Estarán hablando de nimiedades, de posibles negocios, contando chistes? Probablemente. ¡Como hice yo en múltiples ocasiones semejantes, en las que formaba parte del duelo... y no era, como ahora, el "principal e inexcusable invitado"!

Un vehículo me transporta. El recorrido me parece cortísimo. Es casi como si apenas hubiéramos viajado unos metros.

De nuevo el sonido espeluznante del ataúd al ser arrastrado en la caja del coche fúnebre. Otra vez el vaivén irregular.

¿Por qué los que me transportan no acompasan sus pasos y me ahorran esta serie de molestos movimientos?

Creo que se ha apoderado de mí una extraña resignación. Es como si me conformara con mi suerte, como si mi alma hubiese comprendido ya la inutilidad de seguir luchando.

Pero estoy equivocado, porque la desesperación me invade con más fuerza que nunca al notar cómo el ataúd va bajando en la fosa, cómo choca bruscamente contra las irregulares paredes de tierra y cómo los granos de

ésta, desprendidos en los golpes, caen unos sobre la tapa, otros al fondo...

Transcurre toda una eternidad antes de que el féretro quede inmóvil, algo inclinado sobre la desigual superficie del fondo. Reina un silencio insufrible a mi alrededor. Y calor. El acolchado de la caja me agobia. Ya no me parece tan mullido.

¡Plash..., plash..., plash...!

¿Qué es eso?... Tardo una fracción de segundo en comprenderlo.

¡Son las paletadas de tierra con las que los sepultureros están rellenando mi tumba!

¡Alto! ¡Basta, por favor! ¡Están cometiendo un error fatal! ¡Sáquenme de aquí..., sáquenme...! ¡SAQUENMEEEEEE...!

Mi alma solloza, pero mi cuerpo permanece impasible, como indiferente ante la perspectiva de su próxima destrucción.

El ruido de las paletadas de tierra suena lejano, muy lejano. ¿Estarán terminando?

"¡Padre Eterno..., perdona mis pecados! ¡Acoge mi alma en Tu seno!"

He dejado de desesperarme. Sé que estoy muerto. Muerto.

El silencio absoluto que me rodea facilita la evocación, el recuerdo. Aquí no existe el tiempo. Me doy cuenta de este hecho y no sé si me atemoriza o me alivia.

Pero el silencio se rompe de pronto. Oigo como un escarbar. ¿Qué será? ¿Alguna alimaña que piensa cebarse en mis restos? Me molesta esa idea y quisiera poder moverme para rechazar este imprevisto peligro.

Continúa el escarbar. Procede de lo alto.

¡Oigo voces! ¡Voces humanas!

¡La voz de Jasper!... ¡Y la de Goldberg!

—Creo que ya es suficiente, Sam —dice mi asesino—. Saquémoslo de una vez.

—Será mejor que me ayude a quitar toda esta tierra de encima del féretro, doctor Vermont —contesta el funerario.

¿Qué significa todo esto? No lo sé, ni siquiera soy capaz de hacer conjeturas. Aguardo, que es lo único que puedo hacer.

Ya las palas rozan la madera de la tapa de mi ataúd. Las voces suenan entrecortadas, como por causa del esfuerzo que realizan los que hablan. Apenas escucho otra cosa que gruñidos.

—¡No creí que le hubiéramos echado encima tanta tierra! —murmura Jasper.

—Mi trabajo es siempre concienzudo —responde Goldberg.

—Lo creo. Me ha dado pruebas de ello.

Por fin se abre la tapa. Noto como una bocanada de aire fresco acariciándome el rostro. Unas manos frías me abren los párpados.

¡Luz!

¡Un resplandor que lastima, que ciega! ¡Y no puedo cerrar los ojos..., porque estoy muerto y los músculos carecen de control!

Por suerte una especie de nube me alivia del sufrimiento causado por ese inesperado resplandor. Al poco adivino que se trata de la cabeza de Jasper inclinada sobre mí.

—¡Vamos, Conrad! ¡Reacciona! —me dice.

¿Y a qué debo reaccionar?

—¿Le ha tomado el pulso, doctor? —pregunta Goldberg.

Pero Jasper parece no hacerle el menor caso.

—¿Te has convencido ya de la posibilidad de que mi teoría sea cierta, Conrad? —me está preguntando—. Te encuentras paralizado, Conrad... No muerto..., ¿comprendes? El coñac que bebiste no contenía ningún veneno, sino una droga nueva cuyos efectos son semejantes a los de la catalepsia... Entre Samuel Goldberg y yo lo planeamos todo. Te conté la historia, naturalmente falsa, de mi ruina... y te dije que te había envenenado... Fingimos trasladarte a la funeraria..., pero no saliste de mi casa... La tumba está improvisada en mi jardín... y las honras fúnebres..., un truco magnetofónico... ¡Para que reconozcas que puedo estar en lo cierto al dudar de si la muerte real se produce bastante más tarde que la legal!...

¿Qué estupideces está diciendo Jasper? ¿Que no he muerto? ¡Sí, morí..., ya lo creo que morí!

—¡Doctor Vermont, no me gusta nada esto! —interviene ahora Goldberg, y su voz suena asustada—. Dijo usted que los efectos de la droga pasarían sobre las cuatro de la madrugada... ¡Son casi las seis..., ha amanecido ya!

Noto cómo unos dedos fríos me aprietan la muñeca.

—¡No..., no... noto su pulso! —exclama Jasper, las palabras quebrándosele en la garganta al ser emitidas junto a un gemido.

Me alza en vilo, casi arrancándome del ataúd. Mi cabeza rueda inerte, cayendo sobre el pecho.

—¡Conrad! ¡Conrad! —me grita—. ¡Estás vivo! ¡Tienes que estarlo! ¡No te envenené! ¡Ha sido una broma..., un experimento, Conrad...! ¡Conrad..., contéstame..., reacciona..., te lo suplico!

¿Una broma? ¡No, imposible! Estoy muerto, bien muerto... Y como médico, sé cuando se produjo mi muerte. Fue cuando me inocularon o fingieron inocularme el líquido embalsamador. Entonces sentí el inconfundible y vivo y agudo dolor en el pecho, como una cuña penetrando en mi víscera cardíaca por debajo de las costillas, por debajo de los pulmones.

La trombosis coronaria.

Una trombosis coronaria provocada por el pánico.

No, Jasper, no fue una broma. Quizá así lo planeaste, pero ahora estoy muerto. ¡Realmente muerto!

Tenías razón. Tu teoría acerca de la muerte verdadera posterior, muy posterior a la forense, era cierta. Nadie me lo puede negar. La he comprobado... a costa de... mi vida.

FIN

VIENE DE LA PAGINA 17

ERES LA PRIMERA DE TODAS LAS QUE HAN VENIDO QUE DESEA ENTRAR AHÍ **TAN PRONTO**.
¿TAN PRONTO? ¿QUÉ QUIERE DECIR?
¡QUE ES MUY PRONTO, NADA MÁS! COMPRENDO QUE TENGAS PRISA POR SABER, PORQUE ERES LA MÁS JOVEN DE TODAS MIS DAMAS, PERO NO PODRÁS ENTRAR EN EL CUARTO PORQUE **AÚN NO ESTAMOS DISPUESTAS** PARA ELLO.
¡NO COMPRENDO!...
PUES YA COMPRENDERÁS. YA COMPRENDERAS, ¡JA, JA! NO TE PREOCUPES.
PERPLEJA, Y CON LA MENTE LLENA DE EXTRAÑOS PENSAMIENTOS, MARGARET VOLVIÓ A SU ALCOBA. PERO GRANDE FUE SU SORPRESA AL NO VER SOBRE LA CAMA LA CARTA DIRIGIDA A PAT...
EN ESE MISMO INSTANTE...
ELLA ESTABA ESCRIBIENDO A UN TAL PAT, QUE PARECE SER EL NOVIO, SEÑORA.
¡OH, ENTONCES NOS HA ENGAÑADO, JAMES! HAY ALGUIEN EN LA CIUDAD DE DONDE VIENE QUE SABE QUE ELLA ESTÁ AQUÍ.
JAMES, ELLA ES ENFERMERA TAMBIÉN Y DICE QUE PODRÍA ATENDER **AL QUE ESTÁ EN EL CUARTO**. ME GUSTA MUCHO LA IDEA.
¿CUÁNDO SERÁ, SEÑORA?

MAÑANA POR LA NOCHE ME PARECE BIEN. YO AVISARÉ A PAUL.
POCO DESPUÉS LA ANCIANA SE PERDÍA POR EL LARGO PASADIZO DE LA PUERTA CEGADA.
EL DÍA TRANSCURRIÓ SIN MAYORES ACONTECIMIENTOS, EXCEPTO EL ABURRIMIENTO DE MARGARET, Y AL CAER LA NOCHE, LA JOVEN CEDIÓ ANTE SU IDEA FIJA: ENCONTRAR LA ENTRADA DEL CUARTO TAPIDADO.
SIN DUDA ALGUNA LAS LLAVES DE LA HABITACIÓN CONTIGUA DEBEN ESTAR EN EL MANOJO DE JAMES. TRATARÉ DE APODERARME DE ÉL.
CONSULTÓ SU RELOJ. ERAN LAS ONCE Y TREINTA DE LA NOCHE. SIN PENSARLO DOS VECES, DESCENDIÓ, ENCAMINÁNDOSE A LA REPOSTERÍA. FUE AL PASAR POR EL COMEDOR CUANDO ALGO LE LLAMÓ LA ATENCIÓN EN EL PROFUNDO SILENCIO DE LA CASA Y PROVENÍA DEL VESTÍBULO...

INTRIGADA, ENTRÓ Y LA MACILENTA LUZ DE LA VELA DIO DE LLENO EN EL CUADRO DE TYSS MORGAN. ÉSTA ESTUVO A PUNTO DE CAER DE SUS MANOS...
EL ROSTRO DEL CUADRO PARECÍA HABER EXPERIMENTADO ALGÚN CAMBIO, PERO LO QUE ASUSTÓ A LA MUCHACHA FUERON AQUELLOS OJOS QUE PARECÍAN VIVOS Y LA ESTABAN CONTEMPLANDO CON MALIGNA ANSIEDAD...
LA MUCHACHA SALIÓ APRESURADAMENTE DEL VESTÍBULO Y PENETRÓ EN LA REPOSTERÍA.
CREO QUE ESTOY OBRANDO TONTAMENTE. ES MEJOR QUE OBEDEZCA A LA SEÑORA MORGAN.
PERO CUANDO FUE A CERRAR, VIO EL MANOJO DE LLAVES...

DEJANDO DE LADO TODA PRUDENCIA Y PERDIENDO ALGO DEL TEMOR QUE LA VISIÓN DEL CUADRO LE PRODUJERA, SUBIÓ AL TERCER PISO...
PROBÓ VARIAS DE LAS LLAVES Y UNA DE ELLAS, POR FIN, ABRIÓ LA CERRADURA. MARGARET EMPUJÓ LA HOJA, QUE CEDIÓ SIN RUIDO.
SE ENCONTRÓ EN UNA HABITACIÓN MUY AMPLIA, COMO TODAS LAS OTRAS, PERO NO AMOBLADA. HABÍA AHÍ SOLAMENTE UN VIEJO ARCÓN JUNTO A UNA PUERTA MACIZA PROVISTA DE CERROJOS Y CANDADO.
ÉSA ES LA PUERTA DE COMUNICACIÓN CON EL CUARTO CEGADO. YA SUPONÍA YO QUE DEBÍA EXISTIR.
EXAMINÓ EL CANDADO Y LA CERRADURA Y COMPRENDIÓ QUE SIN LAS LLAVES, QUE NO ERA NINGUNA DEL MANOJO, JAMÁS LOGRARÍA ABRIR LA PUERTA. ENTONCES DEDICÓ SU ATENCIÓN AL ARCÓN Y LO ABRIÓ...
DOCTOR MORTIS
DENTRO NO ENCONTRÓ NADA MÁS QUE UN VIEJÍSIMO LIBRO NEGRO EN CUYA TAPA SE LEÍA: "DOCTOR MORTIS"...

JUSTAMENTE CUANDO LA MUCHACHA IBA A TOMAR EL LIBRO, DESDE EL OTRO LADO UN GRITO INFRAHUMANO, ATERRADOR, ANGUSTIADO, ESTREMECIÓ LAS PAREDES. LA VELA DE MARGARET CAYÓ AL SUELO, DEJÁNDOLA SUMIDA EN LA OSCURIDAD...
PERO DESDE EL FONDO DEL ARCÓN EL LIBRO DEL DOCTOR MORTIS PARECÍA LANZAR DESTELLOS VERDOSOS. MARGARET, LANZANDO UN GEMIDO DE ESPANTO, HUYÓ DEL LUGAR.
A LA MAÑANA SIGUIENTE...
BUENOS DÍAS, SEÑORITA LOIS. LA SEÑORA ME ENCARGA COMUNICARLE QUE HA DEBIDO AUSENTARSE URGENTEMENTE. EN CONSECUENCIA, QUEDA USTED A CARGO DE MORGAN MANNOR POR HOY.
¡OH, ME HUBIERA GUSTADO HABLAR CON ELLA!
JAMES, ¿OYÓ ANOCHE EL GRITO?
¿GRITO? NO, SEÑORITA. NO HEMOS OÍDO NADA...
SIN EMBARGO SONÓ AL OTRO LADO DEL TABIQUE, JAMES. QUIERO DECIR EN EL CUARTO CERRADO. PARECÍA UN GRITO DE ALGUIEN QUE SUFRE MUCHO.
¿USTED ENTRÓ AHÍ?
NO. ESTUVE EN LA HABITACIÓN DEL ARCÓN. USÉ UNA DE LAS LLAVES DE SU MANOJO, JAMES. DENTRO DEL ARCÓN ENCONTRÉ EL LIBRO DE UN TAL DOCTOR MORTIS.
ENTONCES USTED YA PUEDE ENTRAR EN EL CUARTO PROHIBIDO, SEÑORITA LOIS...

¿TIENE USTED LAS LLAVES?
NO, SOLAMENTE LA SEÑORA PUEDE ABRIRLAS, O... PAUL.
¿QUIÉN ES PAUL? YO CREÍ QUE SOLAMENTE ÉRAMOS NOSOTROS CUATRO EN LA CASA, APARTE DEL QUE GRITÓ, POR CIERTO, PERO NADIE ME HABLÓ DE ALGÚN PAUL.
CUANDO DEBA ENTRAR EN EL CUARTO LO CONOCERÁ.
UNA ÚLTIMA PREGUNTA, JAMES, ¿QUIÉN ERA EL DOCTOR MORTIS?
UN LEJANO ASCENDIENTE DE LA FAMILIA. TYSS MORGAN ERA EL PADRE DE LA SEÑORA.
JAMES SE RETIRÓ DEJANDO A LA MUCHACHA SUMIDA EN SUS REFLEXIONES, MIENTRAS CON EL LÁPIZ ESCRIBÍA AQUELLOS NOMBRES EN UNA HOJA DE PAPEL.
TYSS MORGAN. DOCTOR MORTIS. MOR- TYSS
MOR- GAN
TYSS- MORGAN
¿SON MORGAN Y MORTIS UNA MISMA PERSONA? ¡QUÉ EXTRAÑO ES TODO ESTO!
EL RESTO DEL DÍA PASÓ SIN INCIDENTES. LA JOVEN SE REFUGIÓ EN EL JARDÍN A ESCRIBIR UNA CARTA A PAT, PUES SOSPECHABA QUE LA OTRA SE LA HABÍA SUBSTRAÍDO JAMES...

MIENTRAS ESCRIBÍA, LEVANTÓ LA MIRADA HACIA LA VIEJA MANSIÓN. UNA EXTRAÑA ANGUSTIA LE OPRIMÍA EL PECHO. SE SENTÍA SOLA Y DESAMPARADA Y EXPERIMENTABA LA SENSACIÓN DE QUE ALGO DE ESA CASA LE ERA REPULSIVO...
UNA RAMA QUE CRUJIÓ A SUS ESPALDAS HIZO QUE LA JOVEN VOLVIERA LA CABEZA PARA VER A UN CLÉRIGO, EL MISMO QUE ENCONTRARAN EN EL TREN, QUE LA OBSERVABA.
BUENAS TARDES.
BUENAS TARDES, PADRE.
PERDONE QUE HAYA INTERRUMPIDO SUS PENSAMIENTOS, PERO SEGURAMENTE USTED PENSABA QUE **ALGO** EN ESA CASA LE PRODUCE AVERSIÓN. NO ME PREGUNTE CÓMO LO ADIVINÉ, PORQUE A MÍ TAMBIÉN ME PASA LO MISMO.
¡UFFF!... ¡ESTOY RENDIDO! HE CAMINADO MÁS DE CUATRO KILÓMETROS. ¿ME PERMITIRÍA ENTRAR EN LA CASA?
PADRE, LA SEÑORA MORGAN NO ESTÁ Y...
LE ASEGURO QUE NO SE DISGUSTARÁ POR ELLO. SOY GRAN AMIGO DE LOS MORGAN.
SIENDO ASÍ, TENGA LA BONDAD DE VENIR CONMIGO.

LOS DOS SE ENCAMINARON HACIA LA CASA, DISTANTE UNOS TREINTA METROS. EL CLÉRIGO LLEVABA LA MANO SOBRE EL PECTORAL COMO AFERRÁNDOSE A ÉL.
¿CONOCE USTED LA LEYENDA DE ESTA MANSIÓN, SEÑORITA? ES MUY INTERESANTE. DESDE LOS TIEMPOS DE AQUEL SABIO QUE SE LLAMÓ DOCTOR MORTIS, HASTA HOY, ESTA MORADA CONSERVÁ SU TRADICIÓN.
CAS. TODAS ESTAS CASAS TIENEN UNA LEYENDA.
¡AH, PERO ... DE MORGAN ... ES LA MÁS ... Y SINIESTRA!
PADRE, ¿SABE USTED QUÉ HAY EN EL CUARTO TAPIADO?
... JAMÁS LA SEÑORA MORGAN ME HA HABLADO DE ELLO. SEGURAMENTE DEBE SER ALGÚN SECRETO DE MORTIS Y SUS DESCENDIENTES.

MUCHOS PIENSAN QUE TYSS MORGAN Y EL DOCTOR MORTIS SON UNA MISMA PERSONA.
ES CURIOSO; A MÍ TAMBIÉN SE ME HA OCURRIDO LA MISMA IDEA...
PERO ES DESCABELLADA. DE SER ASÍ, SIGNIFICARÍA QUE MORGAN HA VIVIDO CIENTOS DE AÑOS, COMO DEDUZCO QUE HACE QUE VIVIÓ MORTIS.
¡HUMM!... SE DICEN TANTAS COSAS... UNA DE LAS LEYENDAS DE ESTA CASA HABLA PRECISAMENTE DE ESE CUADRO...
SE CUENTA QUE EN CIERTAS OCASIONES LA FIGURA DE TYSS DESAPARECE DE LA TELA PARA VAGAR COMO ESPECTRO POR EL TIEMPO ALIMENTÁNDOSE DE SERES HUMANOS, A QUIENES ENVUELVE EN SU ECTOPLASMA ABSORBIÉNDOLOS Y NUTRIÉNDOSE DE ELLOS.
ES UNA LÁSTIMA QUE NO HAYA SACADO EL LIBRO DEL ARCÓN. PERO EL ALARIDO ME ASUSTÓ.
¡AH! EL ALARIDO. ¡SÍ, SÍ! USTED TAMBIÉN LO OYÓ.
¿QUIÉN ES EL QUE GRITA, PADRE? ¿QUIÉN ERA EL DOCTOR MORTIS?
LA PRIMERA PREGUNTA NO PUEDO RESPONDERLA, PORQUE JAMÁS HE OÍDO ESOS GRITOS. LA SEGUNDA, MUY VAGAMENTE... SE SABE QUE ERA UN SABIO QUE EXISTIÓ, O EXISTE, PERO SE IGNORA QUIÉN ERA O ES REALMENTE EL DOCTOR MORTIS...

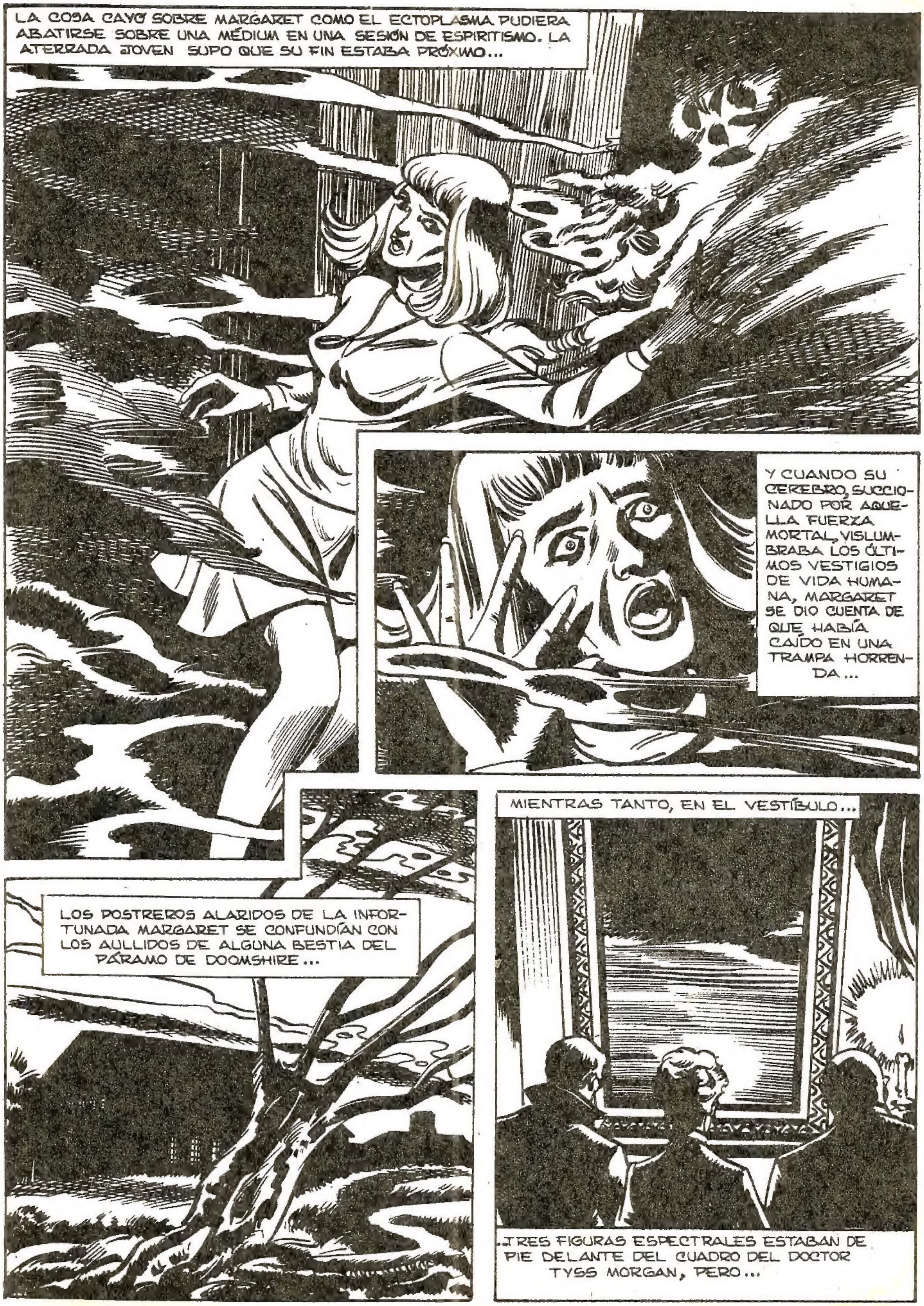
¿ES MUCHO EL INTERÉS DE USTED POR ENTRAR EN EL CUARTO TAPIADO?
BUENO, NO SÉ POR QUÉ PARECE EJERCER CIERTA INFLUENCIA SOBRE MI VOLUNTAD...
¿ES COMO SI SINTIERA **NECESIDAD DE ENTRAR EN ÉL?**
¡EXACTAMENTE! ¿LA HA SENTIDO USTED TAMBIÉN, PADRE?
SÍ. LA HE EXPERIMENTADO. ENTONCES CREO QUE HE LLEGADO A TIEMPO. ES EVIDENTE QUE EN USTED DOMINA LA INFLUENCIA DE MORGAN MANNOR. QUIZÁS SEA USTED UNA DE LAS POCAS PERSONAS QUE PUEDAN PENETRAR EN EL MISTERIO DE ESTA FAMILIA.
¿POR QUÉ HA DICHO USTED QUE HA LLEGADO A TIEMPO, PADRE?
NO PUEDO DECÍRSELO AHORA, PERO SI ESTÁ DISPUESTA, LO SABRÁ PRONTO, SEÑORITA LOIS...

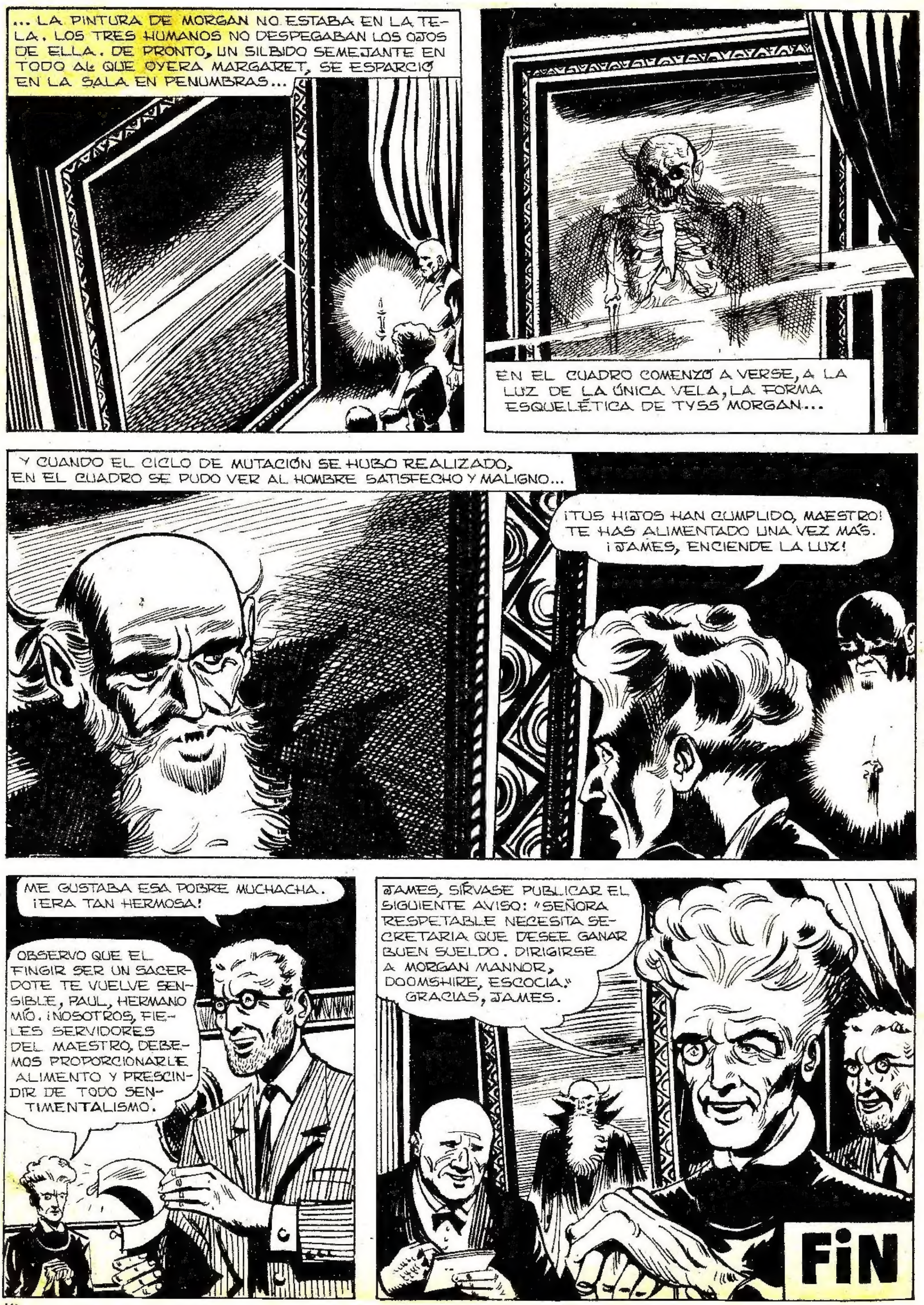
¡VAYA, CONOCE MI APELLIDO!
EL CLÉRIGO PARECIÓ AZORADO POR UN MOMENTO...
USTED VERÁ... ME LO DIJO GUIRE, EL POSADERO. YO VENÍA EN EL TREN, ¿RECUERDA? LE PREGUNTÉ POR USTED Y ÉL ME LO DIJO. POR ESO ESTOY AQUÍ.
QUIZÁS SI LOS DOS PUDIÉSEMOS DESENTRAÑAR EL MISTERIO DE ESE CUARTO AHORA MISMO, APROVECHANDO LA AUSENCIA DE LA SEÑORA.
¡OH, NO! ESO SERÍA UN ABUSO DE CONFIANZA DE MI PARTE, PADRE.
¿ES QUE QUIERE DEJAR QUE GRITE ETERNAMENTE AQUEL QUE ESTÁ ENCERRADO AHÍ?
PADRE... ¡OH, NO!
YO POSEO LAS LLAVES DE ESE CUARTO, MARGARET. PERO NO PUEDO ENTRAR EN ÉL POR MI CONDICIÓN DE SACERDOTE. LO QUE HAY DENTRO NO SE MATERIALIZA ANTE LA CRUZ Y LA SOTANA. DEBE SER OTRA PERSONA LA QUE PENETRE. USTED, POR EJEMPLO.
NO ENTIENDO, PADRE. ENTONCES, ¿NO ES ALGO HUMANO LO QUE HAY AHÍ?
¿QUIÉN PUEDE DECIRLO? YO, COMO USTED, QUIERO SABERLO PARA DESTRUIRLO, SI ES MALIGNO, O PARA AUXILIARLO, SI ESTÁ EN GRACIA DE DIOS. ¿ME AYUDARÍA USTED?
¡SÍ, PADRE! CUANDO USTED QUIERA.
¡NO PERDAMOS TIEMPO, PUES!
PERO ¿Y JAMES Y LA COCINERA?

¡ELLOS NO SE ENTERARÁN DE NADA, MARGARET! TOME, AQUÍ TIENE LAS TRES LLAVES. UNA, DE LA PUERTA DEL CUARTO DEL ARCÓN, Y LAS OTRAS DOS, DE LA PUERTA DEL LUGAR EN QUE ESA POBRE VÍCTIMA TAL VEZ ESTÁ SEPULTADA EN VIDA...
CON UNA ANSIEDAD DESUSADA EN ELLA, MARGARET ABRIÓ LA PUERTA DEL CUARTO DEL ARCÓN.
DEBIMOS HABER TRAÍDO UNA LUZ.
HE VENIDO PREMUNIDO DE ELLA. ¡ADELANTE, HIJA MÍA! ÉSA ES LA PUERTA. ¡ÁBRALA!
ME GUSTARÍA LLEVARME EL LIBRO AL SALIR.
¡POR CIERTO! YO LO SACARÉ DEL ARCÓN. ¡ESO ES! ¡AHORA LA CERRADURA!
LOS CERROJOS CEDIERON FÁCILMENTE Y LA PUERTA SE ABRIÓ CON UN CHIRRIDO ESCALOFRIANTE. LA LINTERNA DEL CLÉRIGO ALUMBRÓ MIENTRAS SUAVEMENTE EMPUJABA A MARGARET DENTRO...
¡ENTRE! NO TEMA; YO ESTARÉ PREPARADO AQUÍ.
SOBRECOGIDA POR EL OLOR NAUSEABUNDO QUE AHÍ HABÍA Y POR LA OSCURIDAD SINIESTRA, MARGARET ENTRÓ. DIO UN PASO MÁS ALLÁ DEL UMBRAL Y...

... LA PUERTA SE CERRÓ VIOLENTAMENTE. EL OLOR A PODREDUMBRE PARECIÓ AUMENTAR ...
¡CRAAK!
LA MUCHACHA GOLPEÓ LA CERRADA HOJA.
PADRE, ¿QUÉ HA PASADO? ¿POR QUÉ CERRÓ? PADRE, ¿ME OYE USTED?
PERO YA NADIE CONTESTÓ DESDE EL OTRO LADO. SOLAMENTE SE OÍA EL RUIDO OMINOSO Y METÁLICO DE ALGO QUE GOLPEABA CONTRA LA PUERTA.
¿QUÉ SIGNIFICA ESTO?
LA JOVEN VOLVIÓ A LEVANTAR LA MANO PARA GOLPEAR, PERO SUS OJOS, YA MÁS ACOSTUMBRADOS A ESA OSCURIDAD, VISLUMBRARON ALGO BLANQUECINO TRAS LO QUE PARECÍA SER UN SILLÓN.
INTRIGADA, MARGARET SE ACERCÓ PARA MIRAR. ENTONCES UN GRITO DE ESPANTO ESTUVO A PUNTO DE BROTAR DE SUS LABIOS. AQUELLO ERA UNA PIERNA HUMANA ESQUELÉTICA.

MIRÓ TRAS EL SILLÓN... EL ESQUELETO DE UNA MUJER, CUBIERTO AÚN POR PINGAJOS DE PIEL, YACÍA TENDIDO, EN UNA POSICIÓN INCREÍBLE, COMO SI ESE CUERPO HUBIERA MUERTO EN UN PAROXIMO DE DESESPERACIÓN Y MIEDO.
PASEÓ LA ENLOQUECIDA MIRADA POR EL CUARTO, DONDE SÓLO HABÍA MUEBLES DESVENCIJADOS. EL CABELLO SE LE ERIZÓ DE ESPANTO. VARIOS CADÁVERES SE VEÍAN EN TORNO...
¡POR FAVOR, ABRAN! ¡ABRAN! ¡PADRE, ÁBRAME, POR AMOR DE DIOS! ¿DÓNDE ME HAN ENCERRADO? ¡ABRAN!
PERO SUS GRITOS SE LE HELARON EN LA GARGANTA. UN SILBIDO ATERRADOR, PERCEPTIBLE Y ETÉREO A LA VEZ, SE DEJÓ OÍR, AL MISMO TIEMPO QUE ALGO ONDULANTE, SIN FORMA PRECISA, PERO EVIDENTEMENTE LETAL, AVANZÓ HACIA ELLA...


LA COSA CAYÓ SOBRE MARGARET COMO EL ECTOPLASMA PUDIERA ABATIRSE SOBRE UNA MÉDIUM EN UNA SESIÓN DE ESPIRITISMO. LA ATERRADA JOVEN SUPO QUE SU FIN ESTABA PRÓXIMO...
Y CUANDO SU CEREBRO, SUCCIONADO POR AQUELLA FUERZA MORTAL, VISLUMBRABA LOS ÚLTIMOS VESTIGIOS DE VIDA HUMANA, MARGARET SE DIO CUENTA DE QUE HABÍA CAÍDO EN UNA TRAMPA HORRENDA...
LOS POSTREROS ALARIDOS DE LA INFORTUNADA MARGARET SE CONFUNDÍAN CON LOS AULLIDOS DE ALGUNA BESTIA DEL PÁRAMO DE DOOMSHIRE...
MIENTRAS TANTO, EN EL VESTÍBULO...
...TRES FIGURAS ESPECTRALES ESTABAN DE PIE DELANTE DEL CUADRO DEL DOCTOR TYSS MORGAN, PERO...


... LA PINTURA DE MORGAN NO ESTABA EN LA TELA. LOS TRES HUMANOS NO DESPEGABAN LOS OJOS DE ELLA. DE PRONTO, UN SILBIDO SEMEJANTE EN TODO AL QUE OYERA MARGARET, SE ESPARCIÓ EN LA SALA EN PENUMBRAS...
EN EL CUADRO COMENZÓ A VERSE, A LA LUZ DE LA ÚNICA VELA, LA FORMA ESQUELÉTICA DE TYSS MORGAN...
Y CUANDO EL CICLO DE MUTACIÓN SE HUBO REALIZADO, EN EL CUADRO SE PUDO VER AL HOMBRE SATISFECHO Y MALIGNO...
¡TUS HIJOS HAN CUMPLIDO, MAESTRO! TE HAS ALIMENTADO UNA VEZ MÁS. ¡JAMES, ENCIENDE LA LUZ!
ME GUSTABA ESA POBRE MUCHACHA. ¡ERA TAN HERMOSA!
OBSERVO QUE EL FINGIR SER UN SACERDOTE TE VUELVE SENSIBLE, PAUL, HERMANO MÍO. ¡NOSOTROS, FIELES SERVIDORES DEL MAESTRO, DEBEMOS PROPORCIONARLE ALIMENTO Y PRESCINDIR DE TODO SENTIMENTALISMO.
JAMES, SÍRVASE PUBLICAR EL SIGUIENTE AVISO: "SEÑORA RESPETABLE NECESITA SECRETARIA QUE DESEE GANAR BUEN SUELDO. DIRIGIRSE A MORGAN MANNOR, DOOMSHIRE, ESCOCIA." GRACIAS, JAMES.
FIN